

JUVENTUD

Año I.

Madrid 10 de Noviembre de 1901.

Núm. 5.

“JUVENTUD”

CON RUMBO FIJO

Pasados los primeros días de tanteos, de exploraciones, de organización, necesarios para que la idea concebida, y con la natural vehemencia de nuestro temperamento puesta en práctica, se haya fijado y definido claramente, marcamos ya para lo sucesivo el rumbo, la orientación, la finalidad de nuestra Revista. Percibimos desde hace unos años en España una tendencia visiblemente determinada hacia el conocimiento de lo nuevo, hacia la asimilación del total desenvolvimiento moderno, nacida de la propia y firme convicción de la realidad de nuestro atraso, de la evidencia de la lentitud y de la torpeza de nuestra marcha por la senda progresiva, que con tan vertiginosa rapidez recorre el resto de Europa. Somos plenamente convictos de que nos embaraza y nos pesa el arcaico bagaje que llevamos á cuestas, y sentimos la necesidad de dejarlo caer pesadamente, á fin de lograr la elasticidad y el deslastre demandados para ascender con rapidez. Todavía el momento quizá no sea más que de transición:

nos reímos francamente de la vieja fisonomía de nuestra constitución y de nuestro espíritu, pero aún la fuerza incontrastable de la rutina, nos arranca también la risa ante la manifestación de lo nuevo. Mas con todo, la curiosidad despertada es vivísima; el anhelo por conocer los modernos rumbos constantemente crece, y ya es notorio por ello un estado de alma de abierta simpatía hacia el espíritu europeo, siquiera lo entibie un tanto el ambiente de desconfianza increíble, originado por el misoneísmo.

Y hay que satisfacer esa curiosidad, hay que proveer á ese anhelo, hay que secundar ese estado de alma, sirviéndole copiosamente el nuevo sustento que con avidez reclama. Y hay que servirse con todo el entusiasmo, con todo el empuje, con toda la energía y la vitalidad que son precisos para introducirlo, contrarrestando la resistencia de las oposiciones rutinarias. Bien clara es la vehemencia del deseo; pero la indecisión de la voluntad se hace patente, y hay que inclinarla virilmente, con im-

petu juvenil, á la dirección querida. He aquí parte de nuestra finalidad ya expresada.

¿Pero quién duda que el espíritu nacional, al nutrirse con las nuevas ideas, no ha de modificarse, transformándose grandemente? Y es ciertamente indudable que la transformación esta ha de tener por fundamento y base de desenvolvimiento aquello que nuestra alma tenga de peculiar, de característico, de propio y exclusivo suyo, y que ha de fecundarse con los gérmenes nuevos que sobre ella caigan. ¿Quizás vamos á presumir que alcanzada nuestra constitución progresiva, va á aparecer idéntica á la conseguida por los demás pueblos? Por esto, para ayudar esa transformación, para encauzarla y conseguirla verdaderamente fecunda, lo que primero hace falta es poner con claridad de manifiesto la estructura, la situación, la esencia típica de la sociedad española, á fin de iniciar, adaptándose á ella, la evolución hacia el progreso, realizando operaciones de injerto, no operaciones de trasplante á otro mediodistinto, que al cabo serían estériles, como ocurrió al traer á nuestras secas mesetas los carneros ingleses para lograr lana de vellón fino; como ocurre con nuestro sistema parlamentario traído de Inglaterra á estas tierras sin costumbres políticas.

Hay que hacer el estudio de España, cuasi desconocida é ignorada, sobre todo en su aspecto social, efectuando una labor de investigación intensiva, de la cual tan virgen está la corte como la región de las Batuecas; hay que imaginarse que nos encontramos en un país recién hallado donde está por indagar desde la manera que tienen de comer sus habitantes, hasta el grado de desen-

volvimiento intelectual que han alcanzado. E investigando así, mediante informaciones directamente recogidas en todos los lugares y en las clases sociales todas, y relacionando y completando simultáneamente esos informes, es como aparecerá precisa y clara la naturaleza de los problemas por resolver, y se sabrá, por ejemplo, si el del Mediodía es puramente material, y moral el del Norte; si las aptitudes y las costumbres políticas son idénticas en todas las regiones, ó, por el contrario, diversas y demandadoras de distinto régimen; si somos efectivamente, cual asegura Cajal, como los países salvajes, que vivimos cambiando los productos naturales por los intelectuales y la maquinaria. Así sabremos qué es lo que necesitamos de lo moderno, cómo deberemos adaptarlo y aplicarlo, sin violencias, sin prisas, sin empeñarnos en el disparate de permutar nuestra alma latina por el alma sajona, sino emprendiendo una verdadera restauración sobre la base de lo existente, que sea algo así como el poner á la moda nuestro traje anticuado y viejo, con reformas que sienten bien á nuestra figura y á nuestro tipo, pero que no nos arrebatan por completo la capa y la espada y el ancho sombrero de pluma, que tan á maravilla nos cae. He aquí determinado el complemento de nuestra finalidad.

La labor es grande, inmensa, trascendental, suficiente para interesar vivamente á los españoles todos, pues al alcance de todos los españoles hemos de ponerla, popularizándola, vulgarizándola y revistiéndola de la más artística envoltura que pueda prestarle la forma literaria. Pero no podremos nosotros con la magnitud de tal esfuerzo; han de ser otros los

que habrán de realizarlo. Serán las personalidades eminentes y las asociaciones dedicadas á practicar trabajos sociales; serán, en primer término, los jóvenes entusiastas reunidos en el *Instituto de Sociología*; serán los trabajadores incansables del *Laboratorio de Criminología*, de la *Sociedad española de Historia Natural*, de las secciones del *Ateneo*, de alguna *Universidad* é *Instituto* modernizados; serán las entidades todas,

en fin, dedicadas á la tarea investigadora, y los españoles todos, que quieran prestarnos su ayuda en este empeño, los valiosos elementos á que acudiremos en demanda de cooperación y de auxilio.

La enseña de JUVENTUD es una modesta bandera que se enarbola para cobijar á cuantos anhelan hacer Patria. Nosotros acudiremos á la obra con una ayuda modestísima, pero grandemente entusiasta.

LA REDACCIÓN



LA VIGA EN EL OJO PROPIO

¿Han olvidado los lectores de JUVENTUD un hecho que se produjo aquí en España, y que se manifestó con caracteres bien visibles y acentuados los días aquellos en que llegó á nuestra noticia la del asesinato de Mac-Kinley, presidente de los Estados Unidos de Norte América? Probable es, y casi seguro, que no.

El hecho aludido es el siguiente: Muchísimos periódicos, grandes y pequeños, de Madrid y de otras capitales de circulación amplia ó reducida, mostraron una complacencia y una alegría singulares y demasiado expresivas. Algunos reventaron de gozo no bien tuvieron conocimiento de la hazaña de Czolgosz, respirando con satisfacción bien marcada, cual si se les hubiese quitado de encima un peso enorme, análogamente ó como pudiera hacerlo un obseso que repentinamente encontrase manera de dar desahogo completo á su idea fija. Periodista ha habido que ha intentado hacer cómplice del referido asesinato á la Divina Providencia. Esta, según él, se ha servido de Czolgosz como de un instrumento para hacer pagar á Mac-Kinley, en nombre de España, la deuda que, al decir del periodista, contrajo el último con la justicia cuando la guerra memorable de hace cuatro años. A los ojos de este tal, pues, Czolgosz, al dar muerte á Mac-Kinley ha desempeñado el mismo honroso oficio que, según De Maistre, ejercía en la tierra el verdugo por encargo del cielo y en representación suya. De presumir es que nuestro periodista se habrá quedado con las ganas de entonar en loor de Czolgosz ditirambos tan entusiastas y encomiásticos como los que un día dirigiera el tradicionalista famoso al ejecutor de los grandes criminales, por él considerado como un ser sobrenatural, como un auxiliar y cooperador del gobierno divino del mundo; y que, á no ser por ciertos temores, habría protestado en regla contra las autoridades yanquis, rebeldes, procesando y llevando al suplicio á Czolgosz á los designios de lo alto.

El fenómeno no deja de ser curioso. Los que aquí se arrojan el dictado de directores de la opinión pretenden ofrecer á los ojos de ésta como acción laudable, que encarna una exigencia de justicia, aquella misma que en otros sitios se estima como aborrecible y vitanda, y de la cual maldecirían también ellos si hubiese ido dirigida contra otra persona: v. gr., contra el jefe del Estado á

que ellos pertenecen. A buen seguro que los censores de referencia cambiarían de criterio si la víctima de Czolgosz hubiera sido, en lugar de Mac-Kinley, Alfonso XIII ó el Sr. Sagasta; del propio modo que apreciaron el atentado de Angiolillo muy diversamente que aprecian ahora el de Czolgosz.

Y esto, aunque cosa frecuente, no tiene justificación. Hay que darse cuenta de la relatividad de nuestros juicios y hacerse superiores al espíritu estrecho y parcial con que por lo regular los formulamos. Piensen los periodistas de que se trata que con sólo haber cambiado de nacionalidad tendrían por un hecho aborrecible y execrable lo que ahora les ha parecido de perlas. Cuando Humberto I de Italia fué asesinado, su viuda calificó el asesinato como «el crimen más grande del siglo XIX». Y para ella lo sería sin duda; desde su punto de vista tenía razón; pero al resto de las gentes hubo de parecerles tal juicio harto hiperbólico y excesivo. ¿No se han detenido los escritores de que hablamos á considerar que su criterio es tan estrecho y apasionado como el de la reina Margarita? ¿No se han percatado de que al obrar conforme lo hacen aprueban y aplauden la comisión de un delito, y se convierten, por consiguiente, en reos de lo que desde Roma viene denominándose *rati-habito*, una forma de concurrencia ó cooperación criminosa? ¿No han caído en la cuenta de que con su conducta legitiman la que suelen seguir los anarquistas de la propaganda por el hecho, haciéndose solidarios de los atentados de sus compañeros y conmemorándolos? Quisiera yo saber con qué cara, y sobre todo, con qué lógica, los que hacen hoy la apología del asesinato de Mac-Kinley reputándolo como un acto de justicia, hasta divina, pueden pedir mañana que se aplique á los anarquistas aquel artículo de nuestra ley de 10 de Julio de 1894 (análogo al de otras leyes extranjeras) donde se conmina con la pena de presidio correccional á los que hagan la apología de los delitos ó de los delincuentes á que la dicha ley se refiere; es decir, á los autores de atentados contra las personas ó de daños en las cosas, causados con substancias ó aparatos explosivos.

Quien, sin exclusivismos particularistas y sin dejarse llevar de salvajes instintos de venganza, estudie y contemple el asunto, á buen seguro que no hará sobre el caso de Búfalo las deplorables consideraciones que han hecho gran número de los que aquí dicen —aunque por lo visto no meditan bastante lo que ello significa y á lo que obliga — que tienen la «honrosa é importante» misión de guiar á las masas populares.

PEDRO DORADO

INTERVIU CON RINCONETE

Encontré al Excmo. Sr. D. Pedro del Rincón, sabio sociólogo, exministro demócrata, notable publicista, en su hotel de la Castellana.

Y hablamos: él, con la amabilidad que le distingue; yo, con la sinceridad que me acredita.

Yo.—Habrà usted leído, querido maestro, el artículo que en *El Nuevo Régimen* publica D. Francisco Pi y Margall, referente al ruidoso debate de las Cortes. Termina D. Francisco diciendo que se trataba de dilucidar si estamos rodeados de bandidos ó de calumniadores, y que lo que *se desprende* de la sesión famosa es que estamos rodeados de calumniadores y de bandidos.

Rinconete.—Así parece; yo entiendo que eso es cierto. D. Francisco, como ha dicho mi buen amigo el señor Cavia, escribe mejor cuanto más viejo. Es como el vino, digo yo (y anote usted la frase)... Estamos rodeados de bandidos y de calumniadores; el hecho es perfectamente normal y lógico.

Yo.—¿Me permitirá usted qué me asombre?

Rinconete.—Puede usted asombrarse cuanto guste... Aquí, en España, no hay más camino para el periodista, para el literato, para el político,

que el agio y el enjuague. Dentro de ocho, de diez, de veinte años, ¿qué va á comer el citado amigo Cavia? ¿Qué va á comer Blasco? ¿Qué va á comer Bonafoux, grandes periodistas todos, grandes oradores, grandes trabajadores, qué día tras día, año tras año, han cobrado su artículo y se han gastado el importe de su artículo? Desgraciadamente, no hay *Clases pasivas* para el periodista. Y recuerde usted la muerte de Eduardo del Palacio, recuerde usted la muerte de otros tantos que han trabajado toda la vida y se han visto trapillados, pobres, hambrientos...

Yo.—Cierto es todo lo dicho; pero la honra, la gloria...

Rinconete.—¡La honra! ¡La gloria! Ahora me va á permitir usted que yo sonría, y luego no se opondrá usted á que yo saque mi poquito de erudición selecta. ¿Ha leído usted *Il Parini*, de Leopardi?

Yo.—He leído *Il Parini*, maestro.

Rinconete.—Pues bien; ese estudio soberbio del desconsolado poeta de Recanati—¿Sé dice así?—es para curar de fantasmagorías y quimeras al más entusiasmado y romántico de todos los jóvenes que cada mañana entran en Madrid con un mazo de cuartillas... No hay gloria, ni fama.

ni popularidad para el artista original y profundo. Leopardi lo prueba matemáticamente. Y si no, ahí está Stendhal, despreciado por sus contemporáneos; ahí está nuestro pintor Theotocopuli, llamado loco por la crítica, desde Pacheco hasta el insípido Madrazo; ahí está, descendiendo ya á cosa palpitante, *Silverio Lanza*, á quien nadie conoce, y que vegeta allá en Getafe.

Yo.—Sin embargo, hay artistas aplaudidos, populares, á quienes el público estima justamente.

Rinconete.—¿Populares? Lo son los que adulan á la muchedumbre frívola; la popularidad está en razón inversa de la originalidad. Bonafoux no ha podido ser popular hasta que ha dejado de ser original. La originalidad, *que es aristocracia*, no puede ensamblarse con la popularidad, *que es democracia*. La obra, para ser popular, ha de reflejar, condensar, cristalizar idea, sentimientos, sensaciones de la multitud... y esa idea, sensaciones, sentimientos, son lo cernido, lo mascullado, lo manoseado á través del tiempo, lo *vulgar*, en fin. Así, un artista original es un actor que recita un monólogo en un teatro vacío. Esto en cuanto á la parte intelectual; que en lo tocante al aspecto económico, al aspecto ético, un escritor honrado, que trabaja, por ejemplo, en los periódicos, durante treinta años, honradamente, sin chanchullos, sin *negocios*, es un escritor que vive al día y muere pobre.

Yo.—Por todo lo cual...

Rinconete.—A eso voy; por todo lo cual, vista la cuestión por sus aspectos *intelectual, ético y económico*, resulta que ser un escritor original y honrado, es ser un escritor tonto y pobre... Y esta verdad evidéntisima, que se va divulgando, que cunde to-

dos los días con el ejemplo, es lo que hace que nuestros jóvenes intelectuales caigan de su romanticismo y den en el prosaico, si que beneficioso y succulento enjuague... El periodismo hoy debe ser un patio de Monipodio; el artículo, una ganzúa. La audacia es dinero. Cuatro artículos escandalosos son un acta. Un acta es un negocio de minas, de aguas, de carreteras, etc., etc.

Yo.—De modo que...

Rinconete.—De modo que la honradez es una enfermedad. Afortunadamente el microbio de la honradez va desapareciendo. Y como no se le puede disecar en un museo, llegará día en que se le tenga por un bicho mitológico. Hoy ya Pi y Margall, por ejemplo—y temo que no podría poner muchos ejemplos—, es considerado como una *cosa* así parecida al mastodonte, ó como esos animales y plantas raras que salen en las excavaciones hulleras...

Yo.—Según eso, el periodista...

Rinconete.—El periodista debe tomar su oficio como una industria. Cavia, Blasco, Zeda, Bonafoux, ¿dónde está el talento que tienen? ¡Ni siquiera han sido diputados! ¿Qué van á hacer cuando la edad canse sus plumas? ¿Quién les va á amparar? El público, el tornadizo, voluble, ingrato público, no se acordará de ellos, no, á los seis meses de dejar de escribir en un periódico influyente. En cambio, Zutano, Mengano, Perengano, que han escrito artículos aprovechados, son los diputados, serán mañana cualquier otra cosa: intrigan, conferencian, cabildean, conspiran, van, vienen... acabarán por ser ricos y excelentísimos. Y cuando Blasco, Cavia, Bonafoux, viejos, derrotados, pobres, paseen tristemente por las soledades del Retiro, lejos del

cruel bullicio, ellos, los excelentísimos ladrones, les mirarán compasivos y, si á mano viene, les recordarán *benévola*mente dos ó tres títulos de sus viejos artículos: «¿Qué *crónicas* aquellas, dedicadas al pintor Luna!» «¿Qué artículo aquel *del Museo!*...»

Yo.—Resumiendo...

Rinconete.—Resumiendo: 1.º El ser ladrón es un deber social. Porque así se libra á la humanidad de mendigos. (Vea usted cómo yo resuelvo de paso el problema del pauperismo.)

2.º El espectáculo de un hombre honrado en una sociedad de ladrones, es inmoral.

3.º No hay derecho á ser honrado donde todos son ladrones. Ya dijo Kant que el deber es *el reconocimiento del derecho de los demás*. Luego si todos tienen derecho á ser ladrones, tenemos el deber de reconocer sus derechos y ser también ladrones.

Yo.—Encantado, mi querido maestro, de esta filosófica conferencia. Yo para mí tengo que nunca habló me-

jor Sócrates en aquellos sus memorables paliques con Fedro al borde del Ilissos, bajo los plátanos.

Rinconete.—Y yo siento que perentorias ocupaciones parlamentarias me impidan dar más extensión á mis declaraciones y entrar en otro orden de cosas. Otro día hablaremos de la política, de los diputados jóvenes, de los hierofantes viejos, etc., etc.

Yo.—Una última observación: usted ha hablado del ilustre cronista Eusebio Blasco, como si este excelente amigo no tuviese más mantenimiento que su pluma. Pues bien; permítame usted hacerle observar que Blasco goza de un holgado empleo en un ministerio.

Rinconete.—En ese caso, felicito y pongo un grado más alto en mi consideración al popular cronista.

Yo.—Tantas gracias—por Blasco—y hasta la vista.

Rinconete.—Monipodio os acompañe.

Yo.—El nos asista á todos.

J. MARTÍNEZ RUIZ.



Refranes y modismos criollos.

No haremos al piadoso lector la ofensa de suponerle tan ignaro en lo que se refiere á lo que son nuestras Américas, que no sepa que en estos países se habla un lenguaje parecido al español, pero nada más que parecido.

Verdad es que en ellas se titula «lengua nacional» á la castellana; que en castellano hablan las personas cultas, y que la lengua de Cervantes resuena, asimismo, en ateneos, academias, liceos y congresos. Pero esto se queda para los actos oficiales y para los puristas; en el trato familiar, en tertulias, casinos, lonjas y demás centros de la burguesía, y en la vía pública, sobre todo, ya es otro cantar. El guaraní, el quichua, el aimará y el araucano, para no mentar más que las *repúblicas australes*—estilo Bello—, gozan todavía de predicamento en los respectivos países, y en algunos de éstos tanto, como entre los *americanos anteriores á 1492*—estilo Cavia—. La plebe, y muchos que no son plebe, aunque hablen y entiendan el espa-

ñol, prefieren expresarse en sus idiomas nacionales, como quería el hispanóphobo Sarmiento. Y así en todo el Paraguay, y en la provincia argentina de Corrientes se habla «corriente y moliente á todo ruedo» el guaraní; en Santiago del Estero (Argentina) y en los departamentos bolivianos de Chuquisaca, Potosí, Oruro y Cochabamba, el quichua ó antiguo peruano; el aimará en el de la Paz; etcétera, etc.

Es decir, que el extranjero que, engañado por las noticias de Europa, viaja por aquellos mundos provisto de un diccionario portátil español, quedase burlado oyendo hablar aquellos extraños idiomas precolombianos—sin que esto de extraños quite que ellos sean cuál rico y flexible, cuál dulce y sonoro y cuál fuerte y varonil—, y que ponga en duda lo que dijo el poeta, que siempre el viajero

en las playas de América distantes,
verá la cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.

Si á todo esto se añade la caterva

de periodistas que hacen gala de escribir en *criollo* porque como los *renaiçensos* son incapaces de escribir en buen castellano; la redacción de documentos oficiales con ortografía americana; la plaga de «traditiores», que no traductores, que alimentan ciertos editores, y la jerigonza de terminachos plebeyos de que se hace gala en escritos y conversaciones, milagro será que no se confirme en plazo no muy largo la opinión de Bello, quien dice «que á no evitarse esta anarquía de lenguaje, se hablará en América una jerga desconocida».

Ya va sucediendo en las Repúblicas australes lo que en la España romana con el latín del Lacio. En Roma se tenía por extraño y medio incomprendible el latín que hablaban en la Península (*Diálogo de las lenguas*, Valdés). Así Auto Gelio introduce á un poeta haciéndole decir:

Hispané, non romané, memoretis loquí me.
(Acuérdate que hablo en español, no en latín.)

Pero no era eso de lo que queríamos tratar, aplazándolo para otra ocasión; sirva ahora á manera de prólogo de lo que vamos á decir.

Y es que lo antedicho servirá al pio lector para que no se maraville de lo ininteligibles que le habrán de parecer algunos de los refranes y modismos criollos (platenses y boliviños), en los que á vuelta de no pocos castizos y de pura cepa castellana, verá otros que no pueden entenderse sin la consiguiente glosa.

Véase si no:

«Saber las de Quico y Caco». Saber más que Píclo.

«Lo de Orozeo, si le veo no le conozco». Si te vi, no me acuerdo.

«El que come y no pita, como el que se pierde y no grita».

«Sacudir su poncho el diablo». Tirar de la capa el diablo y descubrirlo todo.

«Tanto hizo el diablo con su hijito, hasta que

le sacó un ojo». En que se reprenden los carlinos que matan.

«Sancho te llamas, ora por angas ora por mangas».

«Al que le toque el guante que se lo chante».

«Calentar el agua para que otro se tome el mate». (1).

«Sic vos non vobis»...

«Lo mismo es Chana que Juana». Tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando.

«Quedar á deber cada santo una vela». Quedar debiendo á las once mil vírgenes.

«El sol es el poncho de los pobres».

«Durar como cordero en majada flaca».

«Lo que es moda no incomoda».

«El despedirse no es irse».

«Vino, marido y breña, de España». Expresión del tiempo del coloniaje en que los criollos tenían por lo mejor: el vino de España, el marido peninsular y la breña ó lienzo de nuestras fábricas.

«Se quiebra pero no se duebla». Arrogante lema de los Quiñones que anda en boca de los criollos, como dignos descendientes de los altivos castellanos.

«Donde camotes (2) quemaron, cenizas quedaron». El que quiso nunca bívda. Quien tuvo y retuvo, etc.

«Venimos de Guatemala y vamos á Guatepeor, cambia el pandero de manos, pero de sonidos no».

«Quedar yesca». Quedar limpio de alguna cosa.

«Llamarle á uno zamba canuta». Decirle las verdades.

«Tomar las hebillas de Diego». Tomar las de Villadiego.

«Salga el sol por ande quiera». Salga el sol por Antequera, que aquí no se dice.

«De tanto andar, alguna vez ha de cuajar».

«Estar llorando una cosa». Estar patente, á ojos vistas.

«De juro». De veras.

«Me peló la chaucha» (3). Me limpió la última peseta.

(1) «Mate», calabacita en que se *ceba* la hierba del Paraguay, que también se llama hierba mate.

(2) El «camote» es el bonjano ó batata. En Sucre (Bolivia), llaman así al galán ó visitante asiduo de una dama. También es sinónimo de amor, y por esto se dice entre amigos: Fulano está «encamotado» ó tiene un camote grande por Mengana.

(3) «Chaucha». La judía verde y también el «tomín», «chirola» ó peseta boliviana. Por la primera acepción se dice: «es una chaucha», por una inocentada. Por la segunda, lo que apuntamos arriba, á la que hay que añadir el significado de saquear y robar.

«Chaucho (1) limpio no engorda».

«Pelarse la frente». Salir chasqueado. Sin duda porque el primer movimiento instintivo del que sale burlado, y no trata de disimularlo, es rascarse la frente.

«Salir a voltear la ceniza». Echar una cana al aire en compañía de un cigarro.

«Toma mate, ché. (2). Tú lo quisiste, fraile mostén...»

«¡Que lo monte Chajarreta!». Chajarreta sería un desbravador ó gchucaseró de nota, por lo que tal expresión equivale a ¡que lo mate el Tato!», de nuestros toreros de invierno.

«Irse como lista de poncho». Irse derecho como las cenefas ó listas de esta manta americana.

«Como un volazo a media noche». Como un rayo con tiempo sereno.

«Soltarse sobre el pucho». A la arrebatilla, como los muchachos viciosos cuando ven tirar un «pucho» ó colilla de cigarro.

Entre San Juan y Mendoza» ó «Entre Gadeguay y Gualeguaychú». Entre Málaga y Málaga.

«Ser más malo que el ají». Porque con sus picardías hace llorar como esos «ajíes», ó guindillas ó pimientos rabiosos que se toman para predisponer a la chicha (bebida fermentada de maíz).

«Juntarse como maíz frito». Expresión tan propia como la manoseada de moscas a la miel.

«Este huevo pide sal». Esta niña pide novio. Este quiere un garrotazo, etc.

«Pintar el venado». Huir, que es lo mejor que sabe hacer este animal.

«Como avestruz en un cerco». Entre la espada y la pared.

«Como rata con tirante». «Como perro con tramojo». Como perro con cercero.

«Apretarse el gorro». Apretarse los calzones para correr.

«Dios castiga sin rebenque» (3). Dios castiga pero no mata.

«Hacerse el chanco rengo». Hacerse el sueco.

«Cada chanco a su estaca». Cada mochuelo a su olivo.

«Como bola sin manija» (1). Como tren sin freno.

«Meter violín en bolsa». Irse con el rabo entre piernas. Hacer lo que los murguistas cuando los despachan con la música a otra parte.

«Irse al humo». A ciegas.

«Volársele los pájaros ó los patos a alguien». Salir de sus casillas.

«Montar el picazo» (2). Montar en cólera.

«¿Velorio a mí?». Como el velorio se hace a los muertos, quiere decirse, que uno a quien se le amenaza en desafío responde: ¿cree usted que me dejará en el sitio para que me den velorio? La frase es aplicable a este caso y demás parecidos en que se trata de amenazar ó engañar.

«Bolear para el pulpero». Trabajar para el rey de Prusia, como decía Voltaire y siguen diciendo los franceses. Porque el «pulpero» ó cantinero rural se come lo que el gaucho gana «boleando» avestruces.

«Hacerle banco a alguno». Humiliarlo como res en banquillo.

«En la tropa nunca falta un buey corneta» (3).

«Bolear a uno». Calabacear entre amantes. ¿Qué tal, ché, con Fulana?—¡Me boleo!

«Estar de botaciones». Ir de tiros largos. Frase derivada de que el gaucho únicamente calza botas granaderas cuando va a la ciudad ó al pueblo. Por consiguiente, «estar de botaciones» es un equivoco porteño que igual significa votar que andar embotado.

«Pegarse como carretilla al cuero» (1). «Pegarse como hueso a la teta». No dejar ni a sol ni a sombra.

«¡Oiganle la maula!». Cada loco con su tema.

«Cantar las trece». Cantar victoria. Ponerse las botas. No sé de dónde venga esta expresión, como no sea de los puntos que pará ganar se canta en cierto juego de naipes.

«Cantar para el carnero». Espichar, morirse. Por cierto que «carnero», en español antiguo, significa el osario general, como se comprueba en estos versos del Cancionero:

y mis dientes considero
que fuera gran caridad
el echarlos al carnero.

«Largar el rollo». Cambiar la peseta, y también echar la casa por la ventana.

(1) La bola arrojada que usaban los indios querandies como arma de guerra, y que usa ahora el gaucho porteño para agarrar animales mayores.

(2) «Picazo». Color de caballo.

(3) «Tropa». Manada de bueyes que se arrea de una estancia a otra y de los campos a los corrales. «Buey corneta». Buey revoltoso, alborotador de una «tropa» ó de una hacienda.

(4) «Carretilla». La quijada.

(1) «Chaucho». El cerdo.

(2) «Ché». Interjección y pronombre que, como en Valencia, usan argentinos y bolivianos. De ahí que los chilenos llamen despreciativamente «chés» a unos y otros. El origen de esta expresión tan usual en los citados países, no deriva del valenciano, como pudiera creerse, sino de la lengua pampa, según demuestro en mi «Vocabulario de provincialismos platenses y bolivianos», inédito por falta de un editor compasivo.

(3) «Rebenque». Mango corto de madera, fuerte y pesado, ó de hierro retornado en cuero, con el aditamento de una lonja de cuero a modo de azotera. Es el látigo de los campesinos americanos.

«Pisar la guasca» (1). Caer en la trampa. Hacer lo que el caballo enlazado que se enredó en el cabestro.

Pisé la «guasquita» un día
y en ella me vi enredado.

MARTÍN FIERRO

«Tocar viola» ó «Tocar piante». Ir en retirada.
«Hacer guaca» (2). Ahorrar y esconder el dinero.

«Pisarse el poncho». Hacer una plancha.
«No tener cruz en el mate». No tener sesos en la mollera.

«Helárselo el sebo á alguno». Cortárselo el argumento ó acabar con los recursos.

«Es inútil poner el lazo al anca». No haber remedio. Por el lazo que, arrollado, llevan á la grupa los criollos campesinos.

«Ponerse maceta». Hacerse viejo, pesado. Alusión á los cascotes de las caballerías, así llamado cuando al agrandarse con la vejez de los animales se ponen como mazas, imposibilitándoles para el trabajo.

«El hombre propone y Dios dispone»; á lo que añaden: «Lo que el gallo hace, la gallina pone».

«Andar de golilla». «Andar de florecita, de picador», porque la «golilla» es el pañuelo que el gaucho se pone al cuello dejando flotar el pico por encima y detrás del poncho.

«Otra cosa es con guitarra». No es lo mismo soplar que hacer botellas.

«Blanco como un español»; he oído decir en Tucumán (Argentina) para ponderar la limpieza de sangre ó la hermosura de una persona.

«Esta yuca no entra en el costal». Esta bola no pasa por la ventana.

«Pagar la chapetonada». Pagar el aprendizaje. Por llamarse «chapetones» á los chicos recién llegados de la Península, en tiempo del coloniaje, para servir de meritorios ó aprendi-

ces. Chapetón llaman en Méjico á los españoles.

«Pan y queso comida de leso» (de tonto).

«Como los mates sirvo si me abren el pico». Si me dan mimbres y tiempo...

«Vivir de arriba». Vivir del sable, del maná.
«Ponerse á fojas». Ponerse en razón.

«Mate amargo y china pampa sólo por necesidad». Porque el mate sin azúcar, y la india del campo valen muy poca cosa.

«¡Caramba! ¡Y abajo las peras!» Es una expresión muy usual en Montevideo al reponerse de una sorpresa ó extrañeza. Parece ser que hubo en la ciudad un frutero ambulante que tapaba las peras del cesto con hojas de ortiga para evitar que las «mucamas» ó criadas de servicio manosearan la mercancía. Cuando alguna, más atrevida, metía mano en el cesto, al sentir las ortigas exclamaba: ¡Caramba! A lo que entre risueño y formal agregaba el frutero: ¡Y abajo las peras!

«Dar changui». Dar ventaja en perjuicio de quien la toma.

«Meter en chipa, en cafúa». Meter en prisión. Términos del argot de la hampa boanerense.

«Hombre cobarde no entra en palacio». O faja ó caja, que dijo Prim. Expresión aquélla nacida del acto temerario realizado por el general boliviano Melgüez, en la ciudad de La Paz en 1865. Estando derrotado y á merced de Belzú, entró en palacio seguido de su segundo. Campero, en donde le esperaba Belzú para recibirle la espada. Pero al subir la escalera mudó de intención, y matando al ayudante que salió á recibirle, entró en el salón, haciendo lo mismo con su vencedor. En seguida se asomó al balcón que daba al patio, gritando á la tropa: Belzú ha muerto, ¿quién vive ahora?

Sin tiempo de volver de su sorpresa los soldados, aclamaron á Melgüez, quien por este golpe de audacia, uno de los más notables que registra la historia de las revoluciones americanas, y «aun la Historia universal», como asienta un escritor argentino, subió á la presidencia de Bolivia.

Y para concluir, porque siendo el tema inagotable, ello sería el cuento de nunca acabar, remate la serie este extraño modismo, tan extraño para nosotros, como familiar y corriente entre los atildados porteños.

«Al pedo». Se dice en castellano, por razón de gusto ó inútilmente, en balde.

«Estar en pedo». Estar alumbreado, ebrio.

El comentario lo dejaremos á Seijas: «Es curioso oír emplear esta palabra, que envuelve una idea indecente, en todos los círculos sociales. «Me cansé al pedo». «Habló al pedo». Y no contentos aún, dicen: «al mismísimo pedo».

(1) «Guasca ó huasca». Tira de cuero para sogas, cuerdas, etc. Es voz quichua que significa cordón ó torzal. De ahí le vino el nombre á Huáscar, el hijo legítimo de Haayna Capac. Cuando el príncipe nació, mandó su padre hacer una cadena de oro de 700 pies de largo y de muchos quintales de peso, proporciones enormes que le valieron al recién nacido el nombre de Huáscar. Esta cadena es la misma que la tradición asegura está en el fondo del lago Titicaca. Por consiguiente, Huáscar viene á ser lo que el Torquato del célebre Manlio.

(2) «Guaca ó huaca». En quichua, ídolo, cosa sagrada; pero el uso lo ha consagrado á designar el montículo que revela las sepulturas indias. Son, pues, las guacas cementerios de momias con idólichos y vasos de chicha. Es de ver las huacas del camino de Oruro á la Paz (Bolivia) y las del valle del Rimac, en Lima, verdaderas colinas artificiales que se suben á caballo, y unidas entre sí por caminos cubiertos con paredones.

«Vayan ustedes al monte y no vuelvan en veinte días, ¡so indecentes!».

Basta. No dudamos que algunos de estos refranes y modismos no serán nuevos en España, como que son de abolengo castellano y muy castellano, y que, si acá en la Península cayeron en desuso ó cedieron el puesto á otros, son todavía en América muy

usuales y frecuentes, como tantas otras palabras que nosotros tenemos por arcaicas y son de buena ley entre los americanos.

De los demás, hemos extractado los primeros que nos vinieron á las mientes, y aun escogiendo los que menos necesitaban de glosa y escolios.

CIRO BAYO.



LIBROS FRANCESES

LES BRAVES GENS, de Pablo y Victor Margueritte. 1 tomo. 3 fr. 50. Plon Nourrit & Cie, editores.—LA PLATTE, de Pedro de Lano. 1 tomo. 3 fr. 50, Ernest Flammarion, editor. —L'AGONIE y BYZANCE, de Juan Lombard. 1 tomo cada obra, á 3 fr. 50. Librería Ollendorf.

Los honores literarios de la quincena se los llevan incontestablemente los hermanos Margueritte con su novela *Les Braves Gens*, cuyas páginas, saturadas de pólvora, con vibraciones de clarín, estampidos de cañón y cabrilleo de bayonetas, son oxigenado soplo de patriotismo que viene á avivar recuerdos dolorosos del ayer terrible, á exaltar el chauvinismo á outrance, á hacer pensar y sentir á todos. Son los Margueritte, hoy por hoy, los que mejor saben hacer vibrar esa cuerda sensible y sonora de nuestro organismo sentimental, el amor patrio, y con sus libros *Le Desastre* y *Tronçons de Glaive*, se han granjeado el primer puesto entre los novelistas histórico-militares. *Les Braves Gens* es, como los citados, una novela de episodios de la guerra franco-prusiana, pero acaso es superior á aquéllas como obra literaria. No sólo porque en ella se resuman y completan, hasta frisar la perfección artística, dos temperamentos distintos, dos

idiosincrasias literarias opuestas, pero necesarias, no obstante, para obras de ese género: acción, amenidad, vigor, cualidades del novelista Pablo—autor de unos doce libros más que regulares—: emoción, dulzura, lirismo, condiciones del poeta Víctor—á quien, entre paréntesis, debe nuestra literatura una hermosa traducción en alejandrinos franceses de *No siempre lo peor es cierto*, de Calderón—; sino, además, porque existe en esa novela algo que no existe en sus hermanas y que la da mayor belleza é interés: el amor filial. *Les Braves Gens* es un libro escrito con el cerebro y con el corazón; recuerdo sagrado de los hijos á su padre, quien fué, además, un héroe; al valiente general Margueritte, muerto junto á Sedan, en aquella famosa carga de caballería, tan gloriosa como inútil, acción heroica que arrancó al Emperador Guillermo, que la presenciaba, el conocido grito de entusiasmo ¡*Oh, les braves gens!*

Y ese grito es el que ponen por tí-

tulo á su novela los hermanos Margueritte, como homenaje anónimo, de respeto y admiración, á los *braves gens*, á todos los valientes que cayeron, con su general, en el campo de Sedan.

Hay en esa obra páginas hermosísimas, *empoignantes*. La narración de la famosa carga es, como riqueza y vigor descriptivos, digno pendant de la que hace Zola en *La Débâcle*, y entre los episodios, *Le Caisson*, *Vers l'abîme* y *Mon premier*, son de una realidad dramática verdaderamente conmovedora.

* * *

En *La Piaffe* tenemos un modelo acabado de lo que llaman los franceses la novela *à clef*, género que ha valido á su autor cierta reputación, desde hace ya tiempo, entre los aficionados á la anécdota picaresca. Sus libros *La Corte de Napoleón* y *La Emperatriz Eugenia*, nos dieron un *aperçu* sugestivo de lo que eran las Tullerías bajo el segundo imperio napoleónico. *La Piaffe* es más moderno, y su acción se desarrolla durante la quinta Presidencia de la República.

Con el nombre *La Piaffe*—neologismo que entrará pronto en el *argot* parisién—califica M. de Lano esa clase de la sociedad arrastrada por el deseo de figurar, sacrificándolo todo al lujo, al *grand train* de la vida de París. Y la intriga, al cambiar de régimen político, ha cambiado de lugar y de personajes. No son las Tullerías; es el Palacio del Elíseo. No es el Emperador, ni la Emperatriz Eugenia;

es el mismo Presidente de la República, y la mujer del ministro.

No gustamos de ese género de literatura, que convierte la pluma en escalpelo social, y la sátira, fina y elevada, en chismografía palaciega, ruin é indecorosa. Pero tiene muchos admiradores —*Le pays des Parlementeurs*, de Léon Daudet, y las novelas de Gyp son un éxito de librería—, y pues lo quiere el vulgo, M. de Lano, como Lope de Vega, escribe *para darle gusto*. Sin embargo, como obra literaria —hablamos de la forma y del estilo—no creemos que *La Piaffe* sea paladeada con fruición por los *gourmets* de la buena literatura. ¡Qué lejos estamos aquí de los *Coins de Byzance*, que de vez en cuando nos sirve el cáustico, el *espiritual* Juan Lorrain!

* * *

¡Juan Lombard! ¿Le conocen ustedes, han leído alguna obra suya? De seguro que no. ¿Quién es? Su historia es sencilla, trivial casi, como es la de los humildes que valen mucho, sin embargo. Hijo de una familia de obreros pobres, fué obrero también durante los primeros años juveniles, oficial en casa de un joyero de Marsella. Pero, llevado por su gran vocación á la literatura, estudió, se hizo él mismo su educación literaria, y al cabo consiguió abandonar el taller por el periodismo. De Marsella vino á París con la bolsa casi vacía, pero con el cerebro repleto de ideas y el corazón henchido de ilusiones. Para atender á las necesidades de la familia—mujer y varios hijos—se prodió en revistas y periódicos, y entre-

tanto, á fuerza de impropio trabajo y duras vigiliás, terminó dos novelas, *L'Agonie* y *Byzance*, en las cuales había fundado todas sus esperanzas, todas sus ambiciones de gloria. Pero, ¡ay!, la crítica fué severa, muy severa con él, y las novelas no pasaron de la primera edición. Con el fracaso vino el temor, el desaliento, la enfermedad, la miseria, y, por fin, la muerte. ¡Pobre Juan Lombard!

Hoy—[pérfida ironía del destino!

—estamos asistiendo, gracias á un editor entendido, á la resurrección literaria de *L'Agonie* y de *Byzance*, entre nubes de incienso y exclamaciones entusiásticas. «Dos obras maestras», dice la crítica de hoy, y tiene muchísima razón; pero, lástima grande para el infeliz Lombard, que haya empleado doce años para adivinarlo!

L. DE LAS CUEVAS GARCÍA.

París 29 Octubre 1901.



GENERO CHICO.—ÓPERA NACIONAL

Para el maestro D. Emilio Serrano

«...Yerran, pues, cuantos ven en el género chico algo exótico y fuera de nuestras costumbres, importado con el solo objeto de solazar y divertir á los públicos durante una hora; como se equivocan los que le tratan con singular desprecio, considerándolo de buenas á primeras de inferior categoría artística y lo condenan á morir sin remisión en brevísimo plazo...»

Esto ha dicho el maestro Serrano, según la prensa, al obtener la investidura académica, de la de Bellas Artes.

Antes de dar mi opinión acerca de dicho género chico, la sinceridad y nobleza obligan á dedicar dos líneas al iniciador de tal género; á nuestro gran Chueca, nuevo Goya del pentagrama. Si, señores. Este raro é inimitable músico, desconocedor de la técnica, siendo, sin embargo, maestro, jamás ha trabajado sobre el papel pautado. Compone al piano, y la mayoría de sus geniales creaciones las ha hecho de un tirón. Tal y como van saliendo, así llegan los sonidos

sin manoseo, sin retoque, al público que ha de apreciarlos, y desde él... al último villorrio.

Más que española, su musa es pura y castizamente madrileña. Nadie como él ha *sentido* el chulo (macho y hembra) con sus fanfarronerías, sus requiebros y desgaire típico. Para la niña sentimental y cursi, como para el hortera, tiene también su fácil numen como ninguno, la nota exacta.

Oyendo su música, me olvido enteramente de Beethoven, de Mozart... me hace sentir, y esto basta. Jamás he discutido á este maestro. Lo admiro y acato tal como es.

No le yayan á él con filosofías wagnerianas, ni formas beethove-nianas; sabe no le hacen falta. Algo más vale esta franqueza que la hipocresía de otros á quienes aburren en privado tales maestros y ponen los ojos en blanco para nombrarlos en público.

Hablemos ahora del género chico con todos los respetos posibles y sin intención de molestar á nadie.

Emplearé las mismas palabras que el maestro Serrano... para decir todo lo contrario: *Yerran* cuantos no ven en el género chico más que ocasión para solazar y divertir; *como se equivocan* los que creen que su música es genuinamente española y además que *debe ser eterna*.

Yo ya sé que ese himno al género chico... no es para el género chico, pues enterados estamos que en Arte no hay chico ni grande, sino género bueno ó malo. El maestro se ha referido á lo que *debiera ser dicha* forma musical; pero, ¿por qué no lo ha dicho? ¿Para cuándo son las ocasiones?

Creo honrarle, más que aplaudiendo, protestando de ese inoportuno *canto* al género chico, porque sé que siente todo lo contrario. Más: á haber oído yo eso mismo en conversación íntima, lo habría tomado como dicho en sentido irónico.

Y si no, dígame: ¿firmaría usted una obra en donde tuviera que hacer *schotis, mazurcas...*, etc. etc.?

Y no se me diga, que dentro de las condiciones del género, no cabe hacer otra cosa; ejemplos hay que prueban lo que pretendo demostrar.

No quiere esto decir que pida *Aidas, Africanas, Walkirias...* Todos nuestros maestros en algunas de sus obras han puesto algo de lo que *debe y puede ser* ese género; ¿por qué no lo han hecho así siempre?

Es triste eso de estar oyendo á todas horas, «sí, tienes razón, esto no es Arte, pero, ¡qué quieres! al público le gusta», como si siempre hubiera existido este género. ¿Creen ustedes que nuestros padres los entusiastas

de *Jugar con fuego, Los diamantes de la corona, Catalina...* y otras, no protestarían hoy del tan zarandeado y decantado género chico?

De aquellas composiciones á la ópera, y lo digo en serio, había un paso. Del género chico á ella hay un salto enorme. Que se llegará, no cabe duda, sí, pero enténdanlo bien, por el único sendero posible, el de la verdad en el Arte, sin vacilaciones y con valentía para afrontar las furias del «pagano».

* * *

Dentro de unos días se abre al público un nuevo teatro, en donde van á ejecutarse obras inéditas de nuestros compositores.

Se han reunido todos los elementos indispensables, como son: obras, energías, entusiasmo; pero con ser tan precisos, tan necesarios, se han olvidado del primero y capital; la base para resistir tan soberbio edificio y sin la cual no puede permanecer inmovible: el público.

Señores directores, ustedes los llamados á regenerar, á purificar este ambiente, no se quejen si el público les vuelve la espalda. Y cuenten que todo público, y mejor el de Madrid, va á donde le quieran llevar... pero hay que saber llevarlo.

¡Ah! nuestra tan deseada y nunca llegada regeneración musical, no está, no, en la ópera, en la forma que en estos momentos pretende hacerse.

Lo que en otros países, y contando con inmejorable materia prima, ha sido labor de muchos años, queremos aquí obtenerlo en unas horas. Las batallas no se ganan con sólo

grandes generales; son necesarios también soldados. Pídense hombres, cuando apenas hemos hecho niños (1).

Y lo peor será que esperando salga del niño inconsciente un hombre que piensa y razona sus actos, nos encontremos con hombres, en los cuales el abuso de excitantes, llamémoslos así, tomados á todas horas, aunque en pequeños glóbulos, haya provocado un decaimiento tal, que les imposibilite para digerir de golpe y porrazo una gran «comida».

Repito que en la pasada época de Barbieri, Gaztambide y demás compositores, con todas las ñoñeces de idea y forma que ustedes quieran, con los procedimientos orquestales tan infantiles, etc., etc., había, no lo duden, deseo de *hacer Arte*.

Y ya que tan del gusto de autores y público es lo «chico», ¿por qué no se prueba á hacer ópera «chica»? Creo sinceramente que ahí, en la ópera en un acto, es donde está el principio de nuestro despertar musical. A ella acudiría el público sin duda ninguna; y una vez habituado á oír cantar hablando en nuestro idioma (me refiero al diálogo), cosa fácil sería conseguir escuchara sin cansancio la ópera de gran marco, en tres y cuatro actos.

En fin; Apolo, Orfeo y demás dio-

ses filarmónicos, hagan porque esta laudable intentona sea la aurora de un día en que brille «per sempre» la rica luz de nuestros populares cantos.

Alguien que no me trate, creará que al hablar así es porque me sobra todo. Gran error.

Mi amor, mi veneración por el Arte es grande, inmenso... é *interesado*; creo no cometer herejía. Pero de esto á abdicar de mis ideas, hay mucha distancia.

Todo está en poder y saber unir lo útil con lo bello.

Ni problemas filosóficos ni puerilidades.

El dulce medio.

Y cuando hayamos conseguido que el público tomé el Arte sin reparo alguno, y hasta con placer, en pequeñas dosis, matando el género chico por consunción, por su ninguna importancia en el Arte—fijarse bien—y *no* por sus *dimensiones*... entonces, y sólo entonces acudiría el público á la ópera nacional.

Jóvenes hay que mucho pueden hacer si quieren, en la seguridad que dando tiempo al tiempo conseguirán tres cosas: nombre, dinero y... casa propia.

¡A tanto no aspiró el divino sordo!

¶A. LAPUERTA

(1) Advierto que yo también preparo ópera con D. Benito Pérez Galdós. ¿Un incauto más? no; un convencido.

NATURALEZA MUERTA

Transformarse ó desaparecer; esa es la ley. Pudimos vivir arqueológicamente en tanto el tirón de Europa que nos arrastra, no se dejó sentir de manera violenta. Nuestra situación, hoy, es vergonzosa.

El ambiente español ahoga; sobran aquí instituciones sin razón de ser actualmente; sobran cosas, inderrocables al parecer y con las cuales hay que acabar de un modo ú otro, arrinconándolas si no, y despojándolas [de toda importancia, como se hizo con antiguas fortalezas, cuyos muros en ruina coronan hoy, altivos todavía, las crestas de los montes.

Cada golpe dirigido contra esas instituciones seculares, cuesta una conmoción, una sacudida dolorosa.

Y, sin embargo, no debía ser así; la gente debiera convencerse de que la mayoría son de una rigidez extrema, incapaces de adaptarse á las nuevas necesidades del espíritu, ni de responder al fin práctico de la vida.

Todo tiende hoy á la máxima simplificación del vivir, y cuanto á esto se opone nada pierde con desaparecer de la vida ordinaria, pasando á ser curiosidad de museo, para los maniáticos y coleccionistas más ó menos atávicos; para los que gustamos en cuanto podemos, de volver á escondidas la vista atrás y extasiarnos horas y horas ante las reliquias de mérito y belleza incomparables que el tiempo viejo nos legó, conservadas cuidadosamente en esos templos del arte y civilización antiguos, que se llaman, Museo Británico, Museo de South Kensington, del Louvre, del Prado, Abadía Cluny, etc.

Falta en nuestras provincias—aun en las más modernas y hermosas como las del Norte,—ó por lo menos el forastero no la ve, cierta alegría espontánea y juvenil, muy visible en otros países que pasan por austeros. De mí sé decir, que bajo el cielo cantábrico, generalmente nuboso y triste, en aquel ambiente aburrido de una melancolía hierática, en medio de gentes que hablan y obran con seriedad y rigidez sobreseptentrionales, he echado de menos las brumas poéticas de Londres, mil veces más simpáticas; las del campo sajón, suspendidas sobre colinas y praderas de un verde inmaculado; brumas como de sueño que llenan el alma de ideal, de infinita poesía, desvaneciéndose sobre fondos opalinos las agujas altísimas de las torres, el espejo tranquilo y blanquecino de lagos encantados.

Es más simpático aquel ambiente, porque es más moderno. La tristeza, la parálisis y rigidez del viejo, deprimen y angustian siempre. Sobre todo para los que soñamos con una España grande, nivelada al par de Europa, una España fértil en todos terrenos, no esteparia y desolada como la actual, de dondequiera nos viniese el remedio, habíamos de acogerlo con ansia.

Según me indicaba estos días nuestro ilustre Costa, España tiene hambre; hambre material y hambre de cultura; de progreso; á pesar de ello nadie cuida de alimentarla, consintiendo á lo sumo, que viva parasitariamente del extranjero. Y del mismo modo que el parásito, va perdiendo por atrofia todos sus órganos, hasta quedar reducido á un saco indiferenciado con chupador, España irá perdiendo vitalidad y órganos útiles, descendiendo lenta pero seguramente por los horribles peldaños de la metamorfosis regresiva.

Estudiando con Quirós nuestros mendigos en los estratos sociales más bajos, hemos hallado muchos tan obtusos y obnubilados por el parasitismo, que diez palabras les bastaban para su vida de relación, y en algunos hasta este signo de personalidad había desaparecido, no quedando en pie más que el chupador; el acto de tender la mano; la mimica odiosa de la trompa ávida, dirigida contra el peculio ajeno.

Espanta pensar la degeneración á que puede llegar España, continuando como hasta hoy. Por lo tanto, costumbres é instituciones que se opongan sistemáticamente y sin ninguna razón atendible al movimiento expansivo natural de todo organismo en lucha con el medio; usos y dialectos limitados, estacionadores, incompletos ó degenerantes; todo lo débil y caduco, lo no ascendente; lo que en vez de evolucionar se detiene ó involuciona, resulta una anomalía en nuestro tiempo y debe desaparecer en la gran labor unificadora de nuestra raza.

Hay que pasar por cima de cuanto pueda originar disoluciones de la unidad del alma de un país, las cuales traen como inmediata consecuencia, según Schäffle, una detención en el general adelantamiento del mismo.

El remedio no hay que buscarlo fuera, en intervenciones extrañas que habían de reducirnos á la condición de esclavos, de país conquistado, sometido sin lucha, gimiente bajo el látigo de un Kitchener; el remedio debemos buscarle dentro de nosotros mismos, comenzando por barrer todo lo inútil, lo imposible de modificar; y esto, no por espíritu de negación, sino por patriotismo, convencidos de que llevamos á cabo una acción noble y necesaria, como en estos días de otoño los jardineros barren en sus parques las hojas secas que no supieron revivir ni perdurar, amontonándolas para prenderles fuego.

Por encima de los montones crepitantes, veréis levantarse al fin coronas de humo, un humo denso que en lugar de subir derecho al cielo como amorosa ofrenda, rastrea la tierra pesadamente.

Es la naturaleza muerta, que se va en la otoñada, al melancólico declinar de las tardes murientes.

J. M. LLANAS AGUILANIEDO.

LA PUNTUALIDAD

Que somos, de ordinario, poco puntuales, es decir, poco diligentes y exactos en hacer las cosas á su tiempo y sin dilatarlas, como reza el Diccionario de la Academia, no creo que nadie se atreva á ponerlo en duda.

Ahí están, por todas las esquinas y demás sitios adecuados, los carteles anunciadores de los teatros, citando á las gentes para las ocho *en punto*: son una prueba perenne de nuestra proverbial falta de puntualidad. ¿Cuándo, en efecto, se comienza el espectáculo á la hora indicada?

Jamás, creo yo.

No hay quien al leer el cartel no se diga para sus adentros:

—Bueno, conqué á las ocho... ya serán las ocho y media ó las veintiuna—nuevo estilo—cuando la función empiece.

Y hasta parece que es *cursi* ir al teatro á la hora anunciada. Es más elegante llegar tarde, según dicen. A lo menos hay pueblos en la Monarquía donde viste mucho eso de entrar en el «hermoso coliseo», luego que el telón se ha corrido, sin perjuicio de haber pasado en casa unos momentos, sin saber qué hacer, para hacer tiempo.

Y no sólo esto. Cuando en una cita alguno de los interesados es bastante cándido para acudir á la hora, se dice: —Eso es andar á la inglesa. Y ¡á la inglesa! suele exclamarse si se conviene en estar á la hora indicada *en punto* en un lugar determinado.

Más es, aunque parezca que lo descortés debiera ser no llegar á tiempo al sitio de una cita, ó bien á donde tiene uno el deber de encontrarse en un momento dado, se llama sin embargo «cuarto de hora de cortesía» al ratito más ó menos largo que los puntuales pierden esperando, desesperados, á los no puntuales.

Y luego nos quejamos de la falta de puntualidad de los trenes;

del retraso con que suele funcionar el telégrafo; de la marcha lenta, y no por eso siempre continua, de la Administración; de que los del *orden* no lleguen casi nunca á tiempo al lugar del suceso, y de que cobren—como hasta ahora sucedía—con poca, con muy poca, á veces con *ninguna* puntualidad, los maestros de escuela.

No vaya á creerse que eso de la falta de puntualidad es un asunto de poca monta. Por de pronto imprime carácter, y es un defecto que supone muchas cosas y que tiene más trascendencia de lo que al pronto parece.

El no ser puntual, supone falta de orden, de previsión y de cálculo, sobra de egoísmo, y, aunque parezca duro, mala educación.

El que es ordenado, que es el que suele trabajar más, porque la falta de orden no siempre proviene, como es sabido, de un trabajo excesivo, llega siempre á tiempo, y prevé con la buena distribución de sus horas, la cosa que puede y debe hacer. Es un buen *motor* de la vida social que no entorpece con la suspensión de las indispensables paradas en falso, los trabajos y el orden de sus conciudadanos.

Por otra parte, quien no se preocupa con la puntualidad, es que no piensa en el prójimo que fiándose de su palabra puede estar perdiendo el tiempo y la paciencia en el sitio donde él debería hallarse. Esto es contar con el tiempo que luego, el retrasado, tiene que perder en disculpar su *falta* de puntualidad, por no decir de otra cosa.

Y ¡quién es capaz de calcular las consecuencias sociales, económicas y de otros órdenes que el no ser puntual, cuando el defecto es un defecto casi nacional, tiene!

Al fin y al cabo, si quisiéramos sintetizar nuestra posición en el mundo culto, de una manera á mi ver muy expresiva, podríamos decir que somos un pueblo que no acude á su debido tiempo á donde los demás le citan: no somos *puntuales* como colectividad, porque tampoco lo somos en cuanto individuos.

¡Quién sabe! Puede que un sociólogo, que á la vez fuera un gran psicólogo, llegase á explicar hasta la subida de los cambios por eso, por nuestra falta de puntualidad.

ADOLFO POSADA



LIBROS

LA ALEGRÍA DE AMAR, por G. Orts-Ramos. —Novela interesante en que el autor nos demuestra, entre otras cosas, su admiración por D'Annunzio, del cual ha sido traductor anteriormente á la composición de este libro. El egotismo, y á veces la forma del escritor italiano, modificándose ligeramente al pasar por la pluma de Orts, han dejado, sin embargo, marcada huella de su influjo, encontrando, como encontraban, terreno apropiado para su desarrollo.

Más detenidamente nos ocuparemos de este libro, que como muy personal, puede servir muy bien para caracterizar literaria é intelectualmente á su autor.

LAS AFINIDADES ELECTIVAS, de Goethe.—El activo editor Sr. Rodriguez Serra, que tantas y tan heterogéneas obras viene publicando, nos ha proporcionado la ocasión de recrear el espíritu con esta novela, poco conocida, en términos generales, del gran poeta y filósofo alemán; novela que seguramente ha de ser muy requerida por el público, pues aparte de las bellezas de ella, responde al movimiento de curiosidad que de algunos años acá vienen despertando los trabajos, vida, etc., del platónico enamorado de Carlota Kessler.